

MUSEO DE MONTERREY

EXPOSICIÓN “TONALÁ: SOL DE BARRO”

Señoras y señores:

El MUSEO DE MONTERREY y la BANCA CREMI se congratulan de poder ofrecer a la comunidad de Monterrey esta notable exposición. TONALÁ: SOL DE BARRO”, paralela y complementaria de la exposición “MÉXICO, ESPLENDOR DE TREINTA SIGLOS”.

El arte de la cerámica tiene en nuestro país una historia excepcional, por su continuidad y su riqueza, que abarca desde el momento de su aparición en Mesoamérica, al lado de la invención del fuego, el nacimiento de la agricultura y los comienzos de la vida sedentaria, hasta nuestros tiempos actuales, dejando en cada uno de los grandes periodos de nuestra historia el testimonio de la belleza y la calidad de las obras realizadas.

Basta cerrar los ojos y dejar que la imaginación conjunte las obras maestras de nuestras culturas precolombinas para captar dentro de su gran variedad de lenguajes plásticos –tlatilquense, olmeca, teotihuacano, totonaca, huasteca, zapoteca, maya, tolteca, mixteca, colimense, purépecha, nayarita, jalisciense, mexica- su inestimable valor artístico: la maestría técnica, la sensibilidad, la imaginación inagotable de sus creadores, independientemente de que sus propósitos estuviesen más acá del campo puramente artístico, sirviendo a fines utilitarios, o más allá, asociados a ritos y ceremoniales especialmente funerarios, reveladores por su mismo carácter suntuario de una visión del mundo y una actitud vital específicas.

Esta exposición “TONALÁ: SOL DE BARRO” no nos sitúa en el contexto precolombino, sino en un tiempo que comprende los periodos virreinal y republicano, moderno y contemporáneo. Las obras que la integran, aunque suponen ciertamente la continuidad de un oficio artesanal cerámico, obedecen –como ocurre con toda la cerámica

colonial y posterior- a otra visión del mundo y a otra actitud frente a la vida. La nueva religión, el cristianismo, traída por los conquistadores, por los colonos y por los evangelizadores, tiene otro ritual, fruto de otro credo y de tradiciones también seculares en la cultura de Occidente. Así, la cerámica romperá a partir de este momento con el ritual funerario y religioso. Prácticamente concretará su finalidad a propósitos utilitarios y decorativos que pronto alcanzan el nivel de lo suntuario.

Aunque es evidente que los antiguos alfares y la sabiduría artesanal alfarera persisten a lo largo y a lo ancho del territorio del México virreinal, dos centros comienzan a sobresalir muy tempranamente por la variedad, la calidad y la belleza de su producción, a tal grado que sus piezas serán objeto de atesoramiento no sólo en nuestro país –de cuyo patrimonio serán valiosísima parte- sino de coleccionistas y museos de Europa. Tales centros son Puebla, con su cerámica llamada de Talavera –vidriada, con decoración policroma y de doble cocción- y Tonalá, con su cerámica con engobe crema, gris, ocre o rojo, pulida, con decoración pintada o en relieve, monocroma o policroma y de una sola cocción.

Cerámica de los cinco sentidos ha dicho de ella Alberto Ruy Sánchez, por las cualidades que en ella estimaban ya los europeos del siglo XVII: el olor de su barro – búcaros de olor era el nombre bajo el cual se conocían estos productos en España-; el sabor, perceptible sobre todo en el agua contenida en tales recipientes –agua de barro rica, según expresión de Magalotti- y en los fragmentos de las vasijas que llegaron a enviciar como golosinas a las damas europeas y americanas. Barro además sonoro y placentero al tacto por su pulimento y por la delgadez que alcanzaban algunas de estas piezas. Y, sobre todo, barro bello de ver, gozo para los ojos por la gran variedad de sus formas –formas ya monumentales, de gran vigor plástico o formas menores, simples y elegantes, unas y otras modeladas con primor y decoradas con el encanto y la gracia ingenua de sus motivos ornamentales; formas vegetales, animales, humanas, angélicas, o motivos abstractos de combinaciones geométricas-; gozo para la vista por su color, rojos, ocre, cremas, azules, grises, y a veces con oro y plata enriqueciendo su policromía. Gozo también por su trazo caligráfico, suelto, siempre seguro en sus ritmos lineales y en sus sombreados sutiles, verdadero sello de la cerámica de Tonalá.

Mucho más se podría decir del arte cerámico de Tonalá: de su evolución formal y técnica, por su contacto, por ejemplo, con Oriente, y por la inquietud investigadora de sus artistas en constante experimentación y búsqueda. Pero no quiero restar más el tiempo al diálogo de ustedes con esta muestra, una de las expresiones artísticas que mejor define la sensibilidad y el talento de los artistas mexicanos. Sé de antemano que la gozarán plenamente.

23 de julio de 1992

Alfonso Rubio y Rubio